

tábanles las cabezas como acostumbraban hacer a los sacrificados y guárdábanlas. Lo demás del cuerpo repartían entre sí y se lo comían, como representando en la misma imagen del dios Tlaloc, el sacrificio y ceremonias que se hacían en los hombres que les eran sacrificados; y era en la masa y semilla, para obligarles a que les diesen aguas para sembrar y coger otras semillas el año venidero para aquel mismo efecto. Los otros ornamentos y adornos con que los habían engalanado para que representasen al dios que querían, quitábanselos y quemábanlos en los patios de sus casas, cogían las cenizas y llevábanlas con mucha veneración, juntamente con las vasijas y otras cosas con que los habían servido en el convite, a los oratorios que llamaban ayauhcalcos; luego comenzaban todos a comer y beber y regocijarse; y con este fin se le daban a la fiesta.

CAPÍTULO XXIX. *De la fiesta que se hacía a la diosa Ilamatecuhtli y por otro nombre Cozcamiauh, la cual celebraban en el mes décimo séptimo de su calendario, llamado tititl*



ESTE MES TITITL ERA EL DÉCIMO SÉPTIMO del año mexicano, el cual caía a los veinte y dos de diciembre y acababa a los once de enero. En él se hacía fiesta a una diosa, llamada Ilamatecuhtli, que quiere decir principal la vieja. No he alcanzado a saber el intento de su celebración; pero no porque yo lo ignore dejarían estos idólatras de tenerle.

Este día tercero de su mes y el veinte y cinco de nuestro diciembre era el de la celebración de esta falsa diosa, en la cual hacían muchas invenciones y ceremonias; una de las cuales era elegir una mujer que la representaba vestida con sus vestiduras y propias insignias. Ésta salía a bailar sola, a la cual le hacían el son y le cantaban unos viejos muy venerables. A esta mujer le era permitido llorar y entristecerse mucho (caso negado en otras que morían otros días) y así se entristecía, suspiraba y lloraba, con la memoria de la muerte que de próximo y cerca esperaba. Esto duraba hasta medio día y, a la declinación del sol, se componían los sátrapas del templo con los ornamentos de todos los dioses y salían al sacrificio; y puestos delante de ella llevábanla a lo alto del templo y sacrificábanla a esta maldita diosa. Sacábanle el corazón y cortábanle la cabeza, la cual cogía por los cabellos un sacerdote que guiaba la danza y comenzaban su muy solemne baile, en el cual bailaban todos aquellos ministros eclesiásticos que iban representando a los dioses.

Este mismo día hacían los sacerdotes y ministros de los templos, por remate de la fiesta, ciertas escaramuzas, saltando y corriendo, subiendo al cu y bajando muchas veces; y juntamente hacían otras varias ceremonias. El día siguiente hacía toda la gente de el pueblo unas talegas, a manera de bolsas y henchíanlas de heno y paja y otras cosas, que no hacen golpe ni tienen peso y colgábanlas de un cordel y traíanlas escondidas debajo de las

mantas que les servían de capas; con estas talegas daban de talegazos a todas las mujeres que encontraban por las calles. De aquí tomaban motivo los muchachos hasta hacerlas llorar (que esto suele ser muy ordinario en las burlas y rematar con veras). No sé si quiere oler esto a lo que los nuestros usan pocos días después en las carnestolendas; pero cuando no sea así, a lo menos sabremos por ello que esta invención de talegazos ha sido costumbre muy usada de muchas naciones del mundo y que los indios han entrado a las vueltas, en todas, con todos.

CAPÍTULO XXX. *De la fiesta que estos naturales hacían al dios del fuego llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Izcozauhqui, en el mes décimo octavo y último de su calendario, llamado izcalli*



ESTE MES DÉCIMO OCTAVO y último de el calendario de estos indios, llamado izcalli, hacían fiesta al dios de el fuego, que era la segunda con que le honraban por el discurso de el año. El modo de celebrar esta fiesta era diferente de la pasada que le hacían en el mes décimo; porque entonces echaban vivos en el fuego muchos hombres, y en ésta no moría ninguno en los años ordinarios, sino era de cuatro en cuatro, que caía el bisiesto. Lo primero que se ordenaba para esta fiesta era salir a caza, así de animales de tierra como de agua, todos los mancebos de la república. Esto era a los diez días de aqueste mes y duraba esta caza todo el tiempo intermedio hasta el día de la fiesta. A los diez y seis días pasados sacaban fuego nuevo en honra de este dios Xiuhtecuhtli, apagando el común con que guisaban las viandas. Esto hacían a media noche delante de la estatua del fuego. Para este acto y ceremonia componían la imagen con tantas plumas ricas y piedras de valor y resplandecientes, que parecía estar encendida y abrasada con los visos y resplandores que de sí echaba. Llegada la fiesta venían muy de mañana los mozos y muchachos con la caza que habían podido haber y ofrecíanla en las manos de los sacerdotes y ancianos del templo; y era a las veces tanta que no se daban vagar a recibirla. Matábanla toda, o la más, y guisábanla para los señores y principales sacerdotes que entraban a las vueltas de ellos. Venía todo el pueblo y el común de las mujeres y ofrecían unos bollos que llaman tamales, hechos de bledos, que llaman huauhquiltamulli. De éstos daban uno a cada uno de los cazadores que comía y quedaba con esta remuneración y recompensa muy alegre y pagado. Comían de ellos también todos los populares aquel día en honra de la fiesta y bebían muy alegres de su vino.

El sacrificio de los años comunes y ordinarios era el de estos animales que echaban vivos en el fuego y allí morían y se asaban; pero de cuatro en cuatro años que tenían, como nosotros, el bisiesto, era el sacrificio y fiesta muy solemne y morían en ella muchos cautivos y esclavos, juntamente